

## LIBRO SEGUNDO

## Una Cruzada en el Siglo XIX.

## CAPITULO I

DE LO QUE PASÓ EN EL PALACIO DE VERSALLES LA MEMORABLE  
NOCHE DEL MIERCOLES DE CENIZA DE 1861.

## I.

El "miercoles de Ceniza" del año de gracia de 1861, la Emperatriz Eugenia se dirigió á las oraciones de la noche á la regia capilla de Versalles en busca de su confesor. El confesor era un clérigo anciano y respetable, en cuyo rostro se reflejaban los rayos del talento velados por una densa sombra de misticismo. La semana primera de "Cuaresma," estaba señalada para la realización de un vasto plan. Eugenia, cubierta con un velo, se arrodilló á los piés del sacerdote. Allí la grandeza humana se prosternaba ante el representante de "Aquel" cuya voz escucharémos sumisos el día terrible de la catástrofe universal. El ministro de Dios pronunció su absolución, poniendo sus manos en aquella cabeza despojada de la imperial diadema. Luego que terminó la ceremonia, el confesor hizo levantar á la Emperatriz y le habló al espíritu de su conciencia.

—Señora, dijo el sacerdote, en estos momentos solemnes me permito dirigiros la palabra.

—Hablad, señor dijo dulcemente la Emperatriz.  
—Vuestra piedad cristiana puede ser el núncio de una era nueva en la crisis por la que atraviesa el catolicismo.  
—Ya escucho.  
—Las armas francesas, continuó el sacerdote, han sostenido la Sede pontificia.  
—El beatísimo Padre, dijo la Emperatriz ha bendecido nuestra bandera.  
—Lanzado de la Ciudad Eterna por los republicanos, ya éia proscrito en Gaeta, y con el auxilio de la Francia tornó á la ciudad de Cosntantino.

—Es cierto.  
—El catolicismo renació como el Fénix, de sus cenizas, y las altas torres de San Pedro de Roma tornaron á saludar al pontífice sucesor de San Pedro.

—Continuad, señor.  
—Mucho os debe el mundo cristiano, y Dios os ha colocado en el trono de la primera nación del mundo como la ejida del pensamiento religioso.

Eugenia inclinó la frente.  
—Vos influís en los destinos de la Europa; pero vuestros destinos aún pueden guiarnos más allá de los mares.

La Emperatriz hizo un movimiento y escuchó con más atención.

—La demagogia vencida en las barricadas de Roma y acribillada después en Aspromonte, por el impulso de las armas y más aún, por la fuerza del derecho, parece que ha triunfado en América.

—Seguid, señor.  
—Los soldados de la fé, los acérrimos defensores del principio religioso han sido derrotados, vencidos, proscritos, humillados, y la religión escarnecida.

Eugenia guardaba un silencio profundo.  
—Los templos han sido derribados, los conventos suprimidos, y acaso en estos momentos las escenas del año de 8 en España se reproducen bajo un prisma más sombrío en México. Vos sabéis, señora, las funestas consecuencias que han traído á nuestra patria las exageraciones revolucionarias.

—Es cierto; continuad.  
—El ejemplo de la profanación desmoraliza al pueblo cristiano, y acaso no está lejos el día en que la República levante de sus catedrales de América la "Diosa Razón."

La Emperatriz se estremeció al recuerdo de María Antonieta: en aquel mismo lugar y bajo el techo sagrado de aquella capilla había orado también la infortunada esposa de Luis XVI.

—Inescrutables son los designios de la Providencia, prosiguió el sacerdote; la República de 48 dominada por la voz

armónica de Afonso Lamartine, era sin embargo un amago á la religión, porque el pueblo se desenfrena y arrastra en pos suyo las doctrinas y las creencias. Dios puso en el corazón de vuestro augusto esposo el sentimiento del imperio, como la única y sola idea salvadora de una gran nación; así se levantó el dique al desenfreno político, y la religión volvió á imperar sobre una sociedad próxima á desquiciarse.

—Es verdad, es verdad, murmuraba la Emperatriz.

—Dios, continuó el confesor, que hizo brotar la luz en el cerebro de Cristóbal Colón para rasgar el denso velo que ocultaba el mundo virgen de América, había colocado sobre el trono español á la gran Isabel Católica, y de nuestra patria, señora, se desprendió el primer rayo de la fé que abrasó todo un continente, el signo de la redención fué plantado en aquellas regiones y la idolatría desapareció en el Nuevo Mundo.

Eugenia comprendía mucho de lo que su confesor iba á revelar; no desconfiaba de la buena fé del sacerdote, creía sincera su exaltación; pero lo encontraba influenciado por la idea dominante en aquellos momentos, como era la "intervención" en América. Aquel sacerdote era uno de tantos instrumentos lanzados como arietes, para conseguir ese golpe audaz que bien pronto se volvería contra sus fautores.

—Señora, continuaba en su exaltación, en América se pierde la creencia de vuestros padres, aquella sociedad camina á su pérdida, y eso que llaman "espíritu de la época" extravía á las almas y las corrompe.

—¿Y qué puedo hacer para contener ese torrente?

—Señora, la católica de España ha iniciado el pensamiento de la "intervención," vos que reináis por la virtud en el alma del emperador, impulsadle á tomar parte en esa grandiosa idea; ved que Dios os puede tomar cuenta si os manifestáis como una planta estéril en derredor de ese trono que se alza sobre la cúspide del mundo cristiano; vuestro nombre se inscribe entre los laureles que cocecha la Francia; haced que resuene con igual gloria en el siglo del catolicismo; salgan los ecos de nuestra fama de ese límite estrecho de los Alpes y de los Pirineos; extiéndase allende los mares, para que llegue en un "hossana" hasta las bóvedas de esta capilla, donde os conjuro esta memorable noche á que sostengáis el lábaro de nuestra fé.

Estas palabras exaltaron el espíritu de Eugenia, que se siente despertar cuando el genio de la ambición habla á sus sentidos, cabe en lo religioso ó en lo profano. Tuvo un momento de alucinación, se sintió inspirada, recordó las mujeres fuertes de la Biblia, las reinas cuyas imágenes se veneran en los templos cristianos, ambicionó escribir su nombre no sólo en el álbum de los emperadores, sino en el de los santos; se alzó como un profetisa y llena de ardor divino se encaminó al

apostento del emperador. El sacerdote, ufano en su sentimiento católico con aquella conquista de la palabra, se juzgó un nuncio del cielo, y postrándose en las baldosas de la capilla, oró con todo el fervor de su alma, creyendo inmortalizado su nombre como el de Fray Alonso Talavera ó Bartolomé de las Casas.

## II.

En uno de los salones de Versalles se habían reunido multitud de ayudantes, mientras los Mariscales celebraban una junta presididos por el Ministro de la Guerra.

—Ya sabéis, decía un joven Coronel, que la España está de conquista.

—Va á hacer un ensayo en sus antiguas colonias.

—No garantizo la expedición.

—Nuestra vecina no quiere convencerse de que está vieja.

—Y cascada, añadió el Capitán.

—¡Alto! dijo otro, que sus banderas flamean en los muros de Tetuán.

—Ya, dijo otro, los moros son los moros, la España sabe ajustar sus partidos, bien se puede pelear contra las espingardas hoy que las bayonetas están en boga.

No extrañarán nuestros lectores este lenguaje, toda vez que son sabidos los odios y rencillas que median entre Francia y España.

—Me parece, insistió el Coronel, que pierden la isla de Cuba en un descuido. Por eso han solicitado la concurrencia de la Inglaterra y de la Francia.

—Nosotros, repuso otro de los jefes, no necesitamos de alianzas, nos bastamos para cualquier empresa: dígalos la campaña de Rusia en que merced á nuestras armas pudo tomarse Sebastopol, mientras los turcos y los ingleses se replegaban.

—Sí, añadió otro, la Francia va sola ó se estima como tal aunque la acompañen.

—Así puede resolver toda cuestión.

—De los convencionales heredó el imperio un solo legado, y fué aquel paso seguro en que se decretó la victoria, dijo con arrogancia el Capitán.

—Entre paréntesis, no nos vendría mal una expedición á las Indias.

—No es cuestión de gloria, pero puede hacerse negocio.

—Ya lo creo.

—Esos malditos yankees han absorbido de hecho aquel país.

—Parece que sus moradores son endiablados, ya habéis visto las quejas amargas de Mr. Gabriac y los discursos tiernísimos del Embajador de España, lanzado de América con tanta facilidad.

—Ese golpe tiene su mérito, amigos míos.

—No le valió aquello de que los indios salían de las chozas á preguntarle por S. M. C. y otras sandeces por ese estilo.

—Pacheco tenía imaginación.

—Sí, el discurso puede pasar por una página de los "Mil y un fantasmas."

—Vean ustedes, dijo el Capitán, la ingratitude de los reyes: luego que el Embajador concluyó aquella dolorosísima arenga, S. M. C. para consolarle, envió á Calderón Collantes con un mensaje en que la reina manifestaba su desagrado por la conducta del Embajador, y además su destitución.

—Hay novedad en destituir á un destituido.

—Después de eso, caten ustedes, que por quitame allá esas pajas, se arma la camorra y se alistan las naves para la "conquista."

—No hay que burlarse, que el negocio va de veras.

—Tan cierto como que las escuadras están próximas á partir para la isla de Cuba.

—Puede haber otra de Barradas en el Golfo de México.

### III.

Las damas de la Emperatriz tenían su tertulia á "sotto voce," mientras Eugenia permanecía en la capilla de palacio.

—¿Sabeis la última moda? decía una joven á sus compañeras.

—Hay tantas, amigas mías, que es imposible enterarse de ellas.

—Pues nos han presentado unas pulseras con lagartijos de esmeralda á la "Moctezuma."

—Es cierto, dijo otra de las damas; pero lo más hermoso y espiritual es el collar de ópalos á la "Cuautimotzin."

—Desde que la España ha iniciado la guerra, todo lo de México está á la orden del día: hay quien lleve gorros de dormir á la "Popocateptl."

—Sí, prosiguió la dama de Eugenia, hasta en las viandas se encuentran asados á la "Huitzilopochtli," trufas á la "Malintzin" y volovans á la "Netzahualcoyotl."

—Hasta en la fraseología amorosa ha entrado la fiebre mexicana: ayer nada menos, me decía el Capitán de guardias:

con la "honda" de vuestros cabellos me habéis arrojado una "piedra" al corazón; vos sois mi "penate," mi "esfinge," vuestra tía es el "tecolote" que canta sobre mi choza, vuestro padre me trae como á la serpiente el águila mexicana, en el pico toda el día.

Las damas se echaron á reír con estas ocurrencias.

—A mí, dijo otras de las jóvenes, me ha dicho un chanbelán que lo tengo en la "piedra de los sacrificios," pronto á inmolarme con la "macana" de mi indiferencia, y que está hecho un "bárbaro," en cuanto á esa parte, le he concedido la razón más que á las víctimas de Hernán Cortés.

—El mexicanismo del siglo XIX nos invade, nuestros elegantes optan por la vida "salvaje," declaran que la levita y sombrero alto es una moda abominable, que se sienten tiranizados por las botas y el pantalón.

—Sí, amigas mías, todas desean llevar túnicas de pluma y lucir sus formas, protestan contra el color "blanco," y el ámbar está de rigurosa moda; anoche en el teatro se presentó una escena mexicana: "La caza del tigre." Al levantarse el telón y aparecer el bosque lleno de plátanos y limoneros, destacándose en el fondo un cielo purísimo y un sol resplandeciente, cuyos rayos se apagaban entre las frondosas ramas de los ahuehuetes, resonó el aplauso más grande que he oído.

—Eso fué muy poco; cuando se escuchó el rugido de la fiera, que por cierto estuvo imitado á las mil maravillas, entonces rugió toda la luneta con un entusiasmo feroz; sale el indio, entonces la concurrencia se pone de pié y saluda al hijo de Anáhuac, y arroja los sombreros á lo alto, y cuando tiembla el arco, y lanza la jara y el tigre cae á sus piés, entonces el entusiasmo no conoce límites, unos rujen, otros braman, otros dan de alaridos, estábamos en plena América!

—Lo semi-bárbaro tiene un atractivo maravilloso; ya veis los abanicos de plumas, las grandes argolias en los aretes, el ámbar, y sobre todo los aromas; hoy en todos los salones hay pebeteros, los muebles son de beluco, en fin, todo conserva el aspecto indio.

—Sí, dijo otra de las jóvenes, ya nuestros elegantes nos marean con sus galanterías y cumplidos, necesitamos un amor indio, enteramente salvaje, con sus exageraciones, su arrojo, su ímpetu feroz.

—Debe ser un espectáculo admirable un mexicano bajo la fantasía de aquel traje.

—Amiga mía, he visto al General Almonte y está vestido como los franceses.

—Habría adoptado la moda francesa; recuerdo que en el Tullerías está el retrato del príncipe Joinville en la tomadas

Veracruz, y los habitantes de la poética y encantadora América llevan plumas y defienden el castillo con flechas.

—No había reparado en ello.

## IV.

Llegaba á este punto la conversación, cuando atravesó tranquilamente la emperatriz Eugenia en dirección al aposento de Napoleón III. Lo que pasó en aquella entrevista, lo sabe el mundo y es el objeto de nuestra historia, cuyos pasajes iremos mostrando á nuestros lectores. Esa misma noche se celebró junta de ministros, y desde entonces la Francia se hizo el foco donde convergieron las ambiciones de la Inglaterra, las pretensiones de la España y los cálculos de la reacción mexicana para derribar el gobierno de la República. El ministro mexicano la Fuente, se presentó en Versalles, donde después de tratamientos en que se faltaba á las reglas más comunes de galantería y atención, fué recibido por ese magnate que sueña tener en sus manos los rayos como el Júpiter del paganismo. El ministro le preguntó á la majestad, lo que significaba aquel tren gigante de guerra, y si no sería tiempo aún de conjurar la tormenta pronta á caer sobre el suelo patrio. Napoleón III, con aquella sobriedad y concisión que la denuncian como el primer político de Europa, dijo á la Fuente:

—“Los destinos de América están resueltos ¡ya es tarde!”.....

Después de cuatro años, México le devolvía sus palabras á Napoleón III desde lo alto del “Cerro de las Campanas,” delante del cadáver ensangretado del archiduque de Austria:

¡YA ES TARDE!....

## CAPITULO II.

DONDE SE DEMUESTRA QUE ESA CARTILLA QUE SE LLAMA  
“DERECHO DE GENTES” ES LETRA MUERTA CUANDO  
LA INVOCA UNA NACION DESARMADA.

## I.

Juárez había triunfado definitivamente sobre la reacción conservadora.

La reacción expatriada buscó la liga con el extranjero.

Los hijos de la revolución proscrita, se extendieron por la Europa entera, como los nuncios de la idea “intervencionista.”

Obispos, soldados, diplomáticos y agentes erigieron el apostolado y establecieron la infiel propaganda de la “conquista.” Monseñor Labastida, como el Don Opas de la reacción ultramontana, y Almonte como el Conde Don Julián de su época, se introdujeron en las cortes, escribieron folletos, se apoderaron de la prensa, intrigaron, ofreciendo un mundo nuevo como Cristóbal Colón en la corte de los Reyes Católicos.

La Europa se sintió arrebatada por un vértigo fatal, hirvió en su seno la sangre de Guillermo Penn, Pizarro, Alvarado y Hernán Cortés y puso su cuartel de desafío en la asta-bandera de sus buques.

Desafiaba al siglo XIX!

## II.

Incendióse el nuevo continente, resonaron los clarines, se oyó el ruido de los corceles y de las armas, se dijeron misas, se hicieron rogativas en los templos, y toda la gente de guerra se entró en las barcas aparejadas, desprendiéndose de los puertos europeos como la expedición española en el siglo décimo quinto! Aquellas tres naciones, entre las cuales se atraviesa un mar insondable de sangre y odios y rencores inextinguibles, se daban un abrazo de reconciliación, se enviaban laureles de paz que ocultaban puñales, celebraban sus fiestas de las “Grandes Panateneas,” como en los tiempos de Armedió y Aristogiton! Era curioso ver bajo la misma enseña á los vencedores y vencidos de Waterloo, los invadidos é invasores de España! Wellington en las Tullerías, José Bonaparte en el palacio de los Reyes Católicos, y los verdugos del 2 de

Mayo con los hombres de Bailen y Victoria, y estrechando la mano de los héroes del combate Trafalgar!

Aquella cruzada atravesada viento en popa las inquietas olas del océano. El presidente Juárez, siniestramente sereno, con esa calma que precede á los grandes acontecimientos, sin abrir sus labios, sin pronunciar una palabra, sin provocar el espíritu del pueblo, supo el tratado de Londres, ese pacto nefando y criminal, que resumía los futuros destinos de México. Esperó el primer rayo de luz sobre la densa nube de la duda. El Ejército de la República se acercó á la zona de Veracruz, sin alarde, y esperó con la arma al brazo la descubierta del enemigo. El puerto y castillo de Ulúa fueron desartillados para no ceder al invasor una fácil victoria.

La barca "Concepción" se entregó á las llamas; aquel espectáculo era la cifra del porvenir. La muerte antes que la humillación!

### III.

El día 7 de Diciembre llegaban en el tren de la Soledad al puerto de Veracruz, dos oficiales que llevaban el uniforme del cuerpo médico.

—Ya estamos en el Atlántico, amigo mío, el espectáculo es hermosísimo.

—Estoy familiarizado con él; cuando marché á Nueva York, el cuadro era otro, el mar no estaba como hoy, sereno y como un cristal; entonces bufaba como un gigante, demonio! un poblano que se embareaba por primera vez, se hizo poner en tierra, y eso que había visto las corrientes del Atoyac.

—Amigo mío, yo soy poblano, y nosotros no retrocedemos ante ningún elemento.

—Pues entonces sería de Toluca el individuo, que allí también hay un río sin agua que causa miedo.

—Convengamos en que sea de Toluca ó de otra cualquier parte.

—A mí me da lo mismo, el hecho es histórico y no importa la nacionalidad. Decía yo que el poblano.....

—Hombre, el toluqueño.....

—Pues decía que el toluqueño.....

—Perdona si interrumpo tu historia, hemos llegado y necesito ver el muelle; pero inmediatamente, estoy que muero de ansiedad.

—El muelle es una lengua de tierra.....

—Sí, hombre, ya lo voy á ver.

—Es necesario que antes sepas la historia de su fundación.

—Ya me la contarás más tarde.

—Los que hemos viajado estamos en la obligación de instruir á los neófitos.

—Eso cuando lo soliciten, déjame andar con dos mil diablos!

—Vamos, que no hay para qué incomodarse, esto me recuerda á un maldito inglés que encontré en Broadway.

—¿Otro cuento?

—Amigo Santiago, tú nunca adelantarás una sola palabra.

—Es que tú adelantas por lo que yo atraso.

—A fé de Felipe Cuevas, que no volveré á aclarar tus dudas aunque me lo ruegues.

—Sí, hombre, aunque te lo ruegue.

—Eres obstinado como un vizecaíno. A propósito de vizecaínos, hay muchos tiburones en la bahía, no hay que pensar en bañarse.

—Y dale con tus consejos!

—Está bien, que te coma un tiburón ó una tonina: ¿no sabes lo que son toninas?

—Sobre que es la primera vez que veo el mar.

—Eso no importa, la historia natural se estudia desde el colegio.

—Pues no he visto el tratado de las toninas.

—Es muy corto, todo se reduce la lámina primera á esta descripción: A más B igual al cuerpo del animal; se suma estas cantidades, se eleva á su cuadro y da.....

—¡Y doy con todos los diablos! Felipe Cuevas y Santiago González llegaron al muelle de Veracruz. El espectáculo era sorprendente; un mar en calma, rizado apenas por las brisas de una mañana purísima. Las olas al llegar á los cascos de los buques encallados se deshacían en cascadas de perlas que brillaban en mil colores á los rayos del sol candente de la costa. La playa se extendía en ondulaciones, hasta perderse en las montañas de "Anton-Lizardo" y las cúspides de Tuxtla que bañan sus rocas en el Atlántico. Sobre aquella esfera de cristal agitada, cruzaban las barcas pescadoras como blancas gaviotas en la línea del horizonte. Las nubes ceñían con una leve gasa el confin del océano por donde atravesaban en bandadas los pájaros marinos. Frente al muelle se levanta el castillo de San Juan de Ulúa, á cuyos pies de granito se estrellan impotentes olas. Aquel coloso de piedra, atalaya del océano, ennegrecido con el aliento de los siglos permanece sobre las rocas, como el caballero armado que guarda la entrada de Veracruz. Después.....la inmensidad! .....Ese mar agitado, tempestuoso, rugiente á los azotes del vendabal que se desata en sus soledades y se ensaña en sus

catástrofes y se adormece en sus calmas y se azota desesperado entre los lindes estrechos de dos mundos.

## IV.

Los estudiantes guardaron el silencio solemne de la contemplación en que se encierra el alma á la vista del océano. Había transcurrido un cuarto de hora sin que lo notasen, hasta que la alegre voz de un patrón de barca les llamó la atención.

—Pase usted, caballero, el buque que está atracado junto al castillo: es el Paquete americano, el inglés es más cuidadoso, ese se marcha siempre hasta "Sacrificios."

—Bien, alista tu falúa y llévame á bordo del americano.

—¡Calle! dijo Felipe Cuevas, el señor Conde del Jaral se marcha del país!

—Sí, él es, dijo Santiago; hasta dónde ha venido después de su ruidosa aventura!

—Como que si le echa el guante ese bárbaro del señor Mons, le va peor que á tí con el cafre de Torre-Mellada.

—Ya lo creo, como que eso de dejar plantada á toda una dama, no es para menos.

—De buena gana le hablara.

—No hagas tal, no ves que pretende conservar el anónimo? se ha rasurado la patilla y lleva el pantalón dentro la bota, está hecho un yankee.

Efectivamente, Don Fernando Moncada era el mismo que iba á bordo conducido en una de esas falúas voladoras que como concha de almeja se pegan á las orillas del muelle en busca de pasajeros, y que asaltan y encarcelan á los buques luego que tiran las anclas.

—Ya estoy en salvo, dijo Don Fernando, luego que la lancha tomó rumbo al Paquete, bajo su pabellón pudo ver los acontecimientos sin cuidado.

—¡Demonio! dijo Felipe, ya trepa por la escalera ligero como uno de aquellos monos que viste en Nueva York.

—Se conoce que es práctico en cuestiones marítimas.

—Marchemos al hotel, porque si no me estoy viendo el mar tres días seguidos.

—Sí, ya tengo deseo de tomar pescado fresco; en México nunca estuvo á mi alcance; además, que era de una calidad horrorosa: aquí tomaremos ostiones y cuanto produce el océano.

Los dos amigos se fueron en dirección al hotel del Progre-

so que está junto del muelle, y es uno de los puntos de vista más hermosos. Sentáronse á la mesa y dieron principio á ese banquete perpetuo que tanto atractivo tiene para los que no han visitado los puertos. Santiago González comió como Eliogábalo, y Cuevas que pasa por un animal carnívoro, devoró cuanto estuvo á su alcance, langostas, ostiones, pámpano, jaibas, sardinas, ítem más, los platillos de tierra, es decir los de usanza de los "arribeños." Santiago que no estaba acostumbrado á beber vino con tanta profusión, se atarantó algo, y comenzó á brindar por la ciudad heroica y á jurar y á rejurar que era preferible morir bajo la cuchilla del invasor que dejarse posesionarse del puerto. Acabadas las libaciones salieron del hotel y se tiraron á andar hacia el centro de Veracruz.

## V.

La heroica Veracruz no es una de esas ciudades que pueden llamarse hermosas; pero tiene un atractivo y una simpatía irresistibles. Anade posada á las orillas del océano, acariciada por las brisas marinas, arrullada por el son compasado de las olas, bañada por las aguas de esmeralda del Golfo, á pesar de esa atmósfera de muerte que cubre su frente en las horas terribles de la cólera del cielo, se la ama con pasión y la adora con entusiasmo. Veracruz es como esas mujeres de mirada lánguida, faz descolorida, labios entre abiertos y postura indolente; de esas mujeres que pueden matar con una sonrisa, y que sin embargo atraen y se sabe que en el vaso de su amor se bebe un tósigo y.....se acercan los labios y se devora la ponzoña ofrecida en el cáliz de aquellas flores!

¡Con cuánto afán te contempla el peregrino desde la frágil barca sostenida por las inquietas olas del océano.

¡Cómo te bendice cuando la luz del sol refleja en tus arenas abrasadas! ¡Bendita seas, roca primera del suelo patrio!.....ante tí se han doblado nuestras rodillas y nuestra frente ha tocado tus arenas como el primer saludo á la tierra de nuestros padres.

Que las tempestades coronen tu cabeza inmortal, que el rugido de los mares se apague en tus tendidas playas, que el rayo se avasalle á tus piés y que allá en el porvenir veas desaparecer las aguas de tu Golfo bajo las barcas gigantes que lleven en su arboladura el estandarte de la patria.....

## VI.

Felipe Cuevas y su compañero llegaron á los portales de la plaza, donde está el mejor de los "restaurants", (como hoy se dice.) A pesar del invierno, había calor, sensible para los acostumbrados á la zona templada; en el portal había pequeñas mesas donde se servían refrescos. Los estudiantes procedieron á tomar la "sosa," y cuando iban á pagar, el sirviente les dijo que ya estaba satisfecho el importe. En Veracruz hay una galantería proverbial que viene de la generosidad y educación de los veracruzanos. Allí hay obsequios anónimos, en esto consiste el orgullo de esa tierra hospitalaria. Háblase en todos los corrillos con gran exaltación sobre las noticias traídas por el paquete español. Se sabía que la expedición estaba resuelta, y que á la salida del correo inglés ya estaba alistada, y no tardaría en avistarse en las aguas de Veracruz.

—La cosa va mal, amigo González, según parece nos pesca aquí la trifulca.

—El cuartel general nos ha concedido licencia por cuatro días; estamos en nuestro derecho.

—Mañana visitaremos un buque; tengo curiosidad por ver ese prodigio.

—No lo es mucho, dijo Cuevas, cuando acontece algún desastre, porque el prodigio se va á fondo con la mayor facilidad del mundo, y todos los que van en el mencionado prodigio se ahogan irremisiblemente.

—Todo tiene sus caídas.

—Esa es de las peores.

—Cuan lo yo naufragué en la isla de Tortugas.....

—Sí, hombre, ya me has contado esa anécdota lo menos doscientas veces.

—Es que ahora viene á pelo.

—Está bien ya lo recuerdo: entre paréntesis, ¿qué habrá pasado con Mondoñedo?

—¡El diablo cargue con él! esa mujer misteriosa se lo habrá robado.

—No lo creas; esa noche terrible del casamiento, es decir, del cuasi matrimonio del Conde, llegó Mondoñedo á su cuarto, se tiró en su cama algunas horas sin poder dormir; después se paseó por el aposento hablando solo: examinó sus pistolas: yo creía se trataba de un suicidio y me las embolsé. Después de decir varias interjecciones y tirarse de los cabellos, y arrojar espuma por la boca, y patear y jurar como un desesperado, me dijo dándome un golpe en el hombro que sentí que me lo dislocaba:

—¡Soy muy desgraciado!

—Bien, le respondí.

—¡Pero lo he de matar!

—¿A quién?

—No te importa.

—¿Hombre, estas loco?

—Ese San Juan Bautista me ha sugerido una idea.

—Ya no quise preguntarle nada, porque me pareció que estaba demente. Figúrate, ¿á qué venía lo de San Juan en aquellas horas?

—Mondoñedo es un hombre al agua.

—Después empaquetó su ropa, la envió al despacho del hotel, y dándome su cartera con cincuenta pesos, que gastamos juntos; me dijo:

—¡Adiós! acaso no nos volvamos á ver, si los amigos preguntan por mí, díles que.....pero no les digas nada, adiós. Desapareció, y yo tras él, temeroso de que me cobrasen la cuenta del establecimiento.

—Decía que me fuí en pos suya; pero esto lo verifiqué después de un escrupuloso cateo practicado en la habitación; á pesar de ser tan entrada la noche, recogí hasta el último objeto; ya recordarás que las hemos vendido para habilitarnos.

—Es cierto, respondió Santiago González.

—Pues señor, como si la tierra se hubiese tragado á Mondoñedo.

—Yo no dejo de alegrarme, porque se había dedicado á divertirse con mi desgraciada hermana.

—Francamente, tenía mal gusto, porque tu hermana es un ángel, pero se parece á tí como una gota de agua á otra de la misma especie.

—Lo sé y no necesito de que lo repitas, cuando soy el primero en confesarlo.

—No te amosques.

—Tengo buenas correas; además, que estoy vengado por aquello de que Isabel me hizo formal con perjuicio tuyo.

—No hablemos de eso, porque se repite la escena de la ex-Acordada.

—Dices bien, no hablemos; pero ya es mucho tres "desapariciones;" porque á la chica échele un galgo!

—¡Demonio! no deja de inquietarme esa pérdida.

—Á mí, sobre todo, que ya estaba tan arreglado, dijo González lamiéndose los bigotes.

—Querido, aquí en la ciudad noto no sé qué de alarma; tomemos el tren y marchemos á nuestro campo.

—La cosa se enmaraña: la emigración comienza; hay una expectativa que me pone en cuidado; y donde se interrumpa el camino, anda nos á pié sobre estos arenales y marismas lo menos diez y ocho leguas.

- ¡Dios mío! y el vómito que no se hace esperar!  
 —Una vez estando en Nueva York.....  
 —¡Por compasión! no me atormentes con tus historias; déjalas para el campo, que se nos preparan buenas desveladas.  
 —La hora ha pasado; esperaremos el tren de mañana; entretanto volvamos al muelle que es todo mi encanto.  
 —Hagamos ejercicio, porque las jaibas y el pámpano ha resucitado en mi vientre y estoy que ya reviento.  
 —Pues amigo mío, te echaré el anzuelo para pescarlos.  
 —No es broma.  
 —Ven acá, amigo González, yo tengo un remedio; el mar cura todos los males.  
 —Piensas ahogarme.  
 —No; lo que pienso es que tomes una poca de agua, que es un excelente digestivo.  
 —Bajóse González por la escalera del muelle y tomó aquella agua salobre, cuyo gusto era totalmente desconocido. La impresión fué sumamente desagradable. Santiago subió violentamente, se asió á una de las columnas que sostienen las carruchas que sirven para el desembarque de los efectos, y comenzó á retorcerse como una culebra.  
 —Los animales marítimos me han desconocido: estoy que se me andan el mar y el cielo.....¡Dios mío! este es vómito prieto.....yo.....voy á espirar.....me entierran en el "Canelo." Bramaba Santiago González con los retortijones de tripas, ora invocando el auxilio de los santos, ora desatándose como un furioso en imprecaciones horribles contra los pescados, que no podían oírle á pesar de encontrarse tan cerca. Felipe Cuevas llevaba ya dos ó tres historias contadas, sin que su compañero se hubiese apercibido de sus relatos.  
 Llegáronse dos policías á los cuasi-médicos, y examináronlos con suma atención.  
 —¿Se ofrece algo, caballeros? preguntó Felipe Cuevas.  
 —Buscábamos á un caballero que no tiene las señas que ustedes llevan.  
 —Nos alegramos mucho.  
 —¿Cómo se llama usted?  
 —Santiago González, enfermo de indigestión.  
 —Nada tiene que ver eso con Don Fernando Moncada.  
 —¡Demonio! lo hubiera usted dicho desde antes.  
 —¿Luego usted lo conoce?  
 —Perfectamente, y voy á decirlo al momento.  
 —Hará usted un gran servicio, porque lo piensan [ahorcar ahora mismo por traidor.  
 —¿Suponga que ese servicio no será á Don Fernando?  
 —Nó, á la nación.

- Pues el señor Moncada está á bordo del paquete americano.  
 —¡P'hs!.....Quedamos enterados, y pasarla bien.  
 —¡Diablos de majaderos! dijo Gonzalez; de buena gana les diera esta indigestión de jaibas que me está matando.

## VII.

Amaneció el día 8 de Diciembre de 861.

El horizonte estaba claro: el cielo vestido con esa túnica azul purísima que cierra con un broche de oro el sol reverberante del trópico. El marinero de guardia en la capitania del puerto, no cesaba de derigir sus brújulas, sin disimular su inquietud.

Repentinamente se alzó una bandera en el Caballero Alto de San Juan de Ulúa anunciando que la escuadra española estaba á la vista. El telégrafo del puerto enarboló su enseña, y la ciudad entera supo que las naves conquistadoras entraban en las aguas de Veracruz. Adelantábanse aquellos buques con la majestad del vapor, como una tropa de gigantes; traía la bandera de España, aquellos castiltos y leones en campo rojo y amarillo que saludaron orgullosos fatuos, y casi triunfantes nuestras playas en el siglo décimo sexto. La fortaleza de Ulúa izó el pabellón mexicano; la escuadrilla arrió instantáneamente su bandera. La guerra estaba declarada. Las naves atravesaron en pomposo alarde frente á la plaza, y tomaron rumbo hacia el puerto de Anton Lizardo, después de saludar con sus baterías á la marina extranjera.

